

Un Sueño

A la memoria de Hermann Hesse

El *Demian* de Hermann Hesse me ha brindado un sueño extraño, que aun conservo en mi memoria. Es sueño solamente. Tan cierto como el aire o el fuego. Tiene la verdad de una palabra lejana, casi olvidada tal vez. Su certeza está en saber que es realidad intangible, y que ahora, al verterlo a la letra, lo contemplo, en un segundo sueño que es el mismo.

En las nebulosidades del dormir, yo era un hombre solitario, des-preocupado, que camina, una noche cualquiera, por una calle larga, en penumbra, bordeada de raquíticos árboles. Iba pensando en el aquel enigmático escrito de Demian para Sinclair: *"El pájaro rompe el cascarón. El buevo es el mundo. El que quiere nacer tiene que romper un mundo. El pájaro vuela hacia Dios"*.

De pronto, en un súbito vértigo, sentí una especie de descorpORIZACIÓN humana, un aniquilamiento de mi propio ser, igual que el aire roto en vasta inmensidad. Sólo mi conciencia, contempladora al mismo tiempo de mi sueño, tenía existencia plena, esencia pura del más abstracto pensamiento, flotando sobre todo, penetrándolo todo, como la luz al agua, sin desplazarla.

Por primera vez, y sólo en sueño, había logrado en carne propia la insustancialización de mi persona. Mi conciencia incorpórea era cristal de alma, una Nada concreta, sombra de sombra, hecha de la madera de los sueños.

Yo era semejante a la llama, tal vez aquella misma de amor viva de que hablan los poetas, forma cambiante, lengua de algún fuego sagrado, un pájaro dorado, quizás igual al del dibujo de Sinclair, que se apagaba y se encendía de nuevo, lo mismo que un farol lejano, escondido por la rama de un árbol que se mueve al viento.

La contemplación silenciosa de un inmenso mundo, una metamorfosis sideral, se ofrecía maravillosamente a mis ojos sin ojos, en unos

espacios infinitos, tan lejanos que parecían profundos o muy altos. Un color gris oscuro, parecido al de las tardes invernales, lo dominaba todo.

Me sentía a mí mismo, en forma inmaterial, vagando en unos Todos, aliento de un mundo, en la paz de isla afortunada. Oía, sin oídos, el chisporroteo de las miles estrellas; y veía, sin mis ojos terrenos, las caprichosas formas de unos astros oscuros, semejantes a nubes, con figuras de animales gigantes, prehistóricos. Algunas se derretían plomizas, como el hielo en el agua. Un frío de inmensidad, viento nebuloso sobre tierra ondulante, me quemaba la piel.

En un aire sin aire, suspenso en hueca vastedad, llena de un vacío enorme, había numerosos enjambres de cielos estrellados. En algunos lugares sin espacio, en anchas profundidades silenciosas, se abrían antiguos lechos de mares solitarios, hondas dimensiones en líneas prolongadas.

En una ancha profundidad del Cosmos, allá abajo, muchas estrellas flotaban en mares infinitos, olas de estrellas en una extensa inmensidad marina, que lentamente, sin cambiar de lugar, se deslizaban, como peces dorados, en agua cristalina. Unas grandes, amarillas y blancas, formaban un vasto jardín de girasoles claros y giralunas pálidas, en las quietas riberas, apenas mecidas por los vientos. Otras brillaban muy pequeñas, como soles en gotas de rocío. En un lugar oscuro, algunas escondidas eran ojos de buey, o grandes racimos de uvas negras.

Ciertas estrellas muy sutiles, aire cristalizado, salían a la superficie, como burbujas blancas de un pantano, o sobrenadaban en el agua turbia, lo mismo que las gotas de aceite. Unas parecían lluvia menuda, un polvillo de niebla, copos suaves, algodón, granos de polen sobre hierbas.

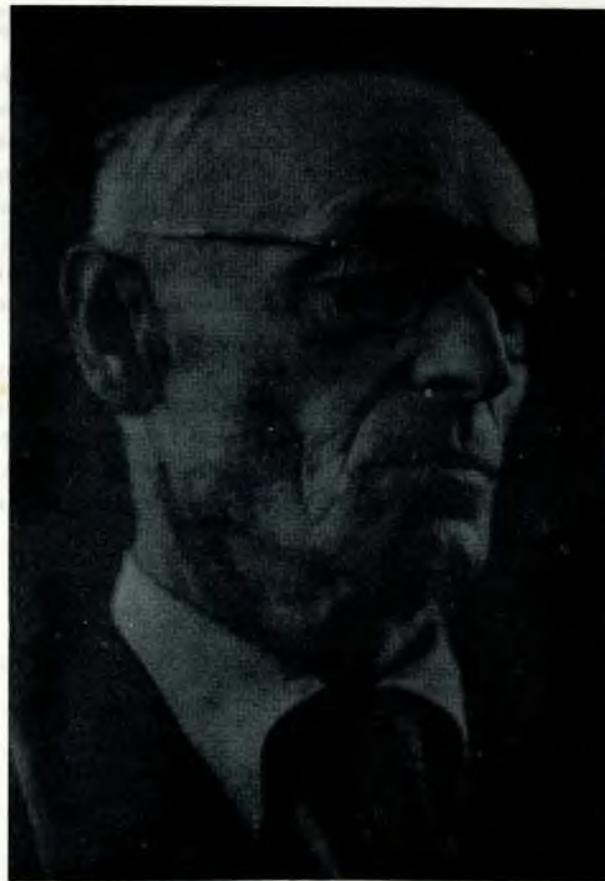
En un apartado rincón del Infinito, allá lejos, muchas estrellas salían de un jarrón inmenso, por millares, a grandes borbotones. Era la Vía Láctea. Desde una cima se miraba como un camino largo, todo blanco de nieve. Contemplé por largo rato, junto a otro ser incorpóreo, que en aquel breve instante me acompañaba por esas regiones siderales, un rebaño de estrellas que llaman las Cabrillas. Una constelación inmensa se divisaba al fondo, torbellino gigantesto en espiral de luz, serpiente luminosa o larga raíz de un árbol retorcido.

En un espacio hondo, desvanecido en sombras, algunas estrellas formaban un gran panal de luces, que se perdían como abejas en bosques de susurros, o se desgajaban en luminosos árboles de fuego artificial, titilaban como verdaderas estrellas, o eran fogatas en un ancho campo de trigo.

Lejos, en profundas alturas, unos inmensos fuegos fatuos emergían como cocuyos en las noches oscuras, luces cristalizadas, brasas en un rojo rescoldo de cenizas, manchas luminosas, iguales a las que se ven

cuando se cierran los ojos. Algunos tenían formas de pájaros dorados, quizás semejantes al del dibujo de Sinclair, que danzaban alrededor de un leño, como en rito sagrado, o se apagaban y se encendían intermitentemente, en parpadeo de luz, lo mismo que las luces de los faroles rojos.

Por último, vi un enjambre de soles muy pequeños, rocíos multipli-



cados, soles que eran luz, algunos muy opacos, luz musical, estrellas de luz como en ronda de niños, geometrías danzantes, círculos, triángulos, sinfonía en colores, en líneas luminosas, que se diluían en vidrios, en formas sin figuras, y luego se apagaban en un lejano gris oscuro.

En aquel momento, asomado a un abismo, mi conciencia hecha ser inconcreto, suspenso en un color de nebulosa, dueño de mi yo mismo,

en mi forma de llama, lengua de fuego o pájaro dorado, pensé que debía dar el salto al Universo, romper el cascarón del Mundo, tal como le había escrito Demian a su amigo Sinclair.

Quería, en mi sueño, lanzarme al cráter de una especie de volcán que se veía cercano, y fundirme con todo aquello que mis ojos sin ojos contemplaban, ser una llama más, de esas estrelladas, sin consumirme totalmente, con la esencia de mi conciencia plena, tal como era en el sueño, llama viva, ser yo mismo, incorpóreo, y a la vez molécula del Mundo, aire o fuego, agua o tierra.

En el profundo abismo, allá abajo, veía un caos silencioso, la caverna de un cíclope, bordeado de algo espeso, barro hirviendo, que me atraía tenazmente, como el imán al hierro. Desde la tierra es necesario levantar el rostro para mirar el cielo. Desde aquellas alturas tan profundas yo no podía remontarme al espacio infinito, como un pájaro dorado, o una lengua de fuego, y menos descender, fugazmente, como esas estrellas errantes que caen al vacío en las noches estivas. Tampoco podía ser un penacho de humo, arrancado de un árbol, y penetrar, diluido en aire claro, el azul firmamento.

Suspense, quizás inmóvil como la rueda del tiempo, en un lugar sin espacio, sin límite ninguno, quise asirme de algo, un zigzag de relámpago, y continuar en una especie del eterno retorno. Recuerdo que en aquel intemporal instante, mi conciencia sin cuerpo trató de romper todo ese Mundo que giraba ante mí, en un silencio sideral. Ante el abismo, desperté.

JOSEFINA F. DE OVALLES

La Literatura a través del Estudio Dirigido

A partir de esta entrega, este Boletín recogerá una serie de trabajos, de la naturaleza del presente, con el objeto de divulgar la experiencia de algunos profesores del Instituto en el campo del estudio dirigido. Nos complacemos con la inclusión de la Unidad II -La Poesía Lírica- de la Profesora Josefina Falcón de Ovalles, quien pertenece al personal docente del Instituto Pedagógico (N. de la R.)

UNIDAD II.- LA POESIA LIRICA.

GUIA DE ESTUDIO XIII

TEMA DE ESTUDIO: LA BIFURCACION DE LA ESCUELA HISPANO-ITALIANA: LAS ESCUELAS SALMANTINA Y SEVILLANA.- FRAY LUIS DE LEON.

Texto de estudio: Introducción a la Literatura Española de Segundo Serrano Poncela.- Cap. XI Pag. 116 y sgts.

Material de Lectura: "Profecía del Tajo" y "Vida Retirada" de Fray Luis de León.